



¿Tendrá Sheinbaum la autoridad moral y ética para articular incentivos que permitan la autocontención del oficialismo?



**GABRIELA
WARKENTIN**
@warkentin

¿Autocontención?

"En 29 minutos, Alemania había marcado cinco goles y sumido a los anfitriones en un valle de lágrimas", reza una crónica del 8 de julio de 2014. 7 a 1 ganó Alemania a Brasil. Yo estaba viendo el partido en un bar en Estados Unidos. Al quinto gol, una de las personas sentada a la barra dijo algo así como "ya dejen a los brasileños, cinco son suficientes, no hay necesidad de humillar". Pero los alemanes metieron dos goles más.

Me acordé de ese momento cuando veía a Adán Augusto López relamerse los bigotes tras doblar a los Yunes. O a Andrea Chávez con risa estridente celebrar que se chingaron a la oposición. O a los senadores del oficialismo aplaudir porque comprar al mal para hacer el bien exculpa de toda responsabilidad a los que salivan en el éxtasis de la mayoría. Y también veía a la oposición, sin margen de maniobra, vulnerable ante la extorsión e inexistente como opción política. Mientras, algunos analistas decían que el oficialismo debía autocontenerse y no festinar, cuan borrachera romana,

el aniquilamiento de la otredad porque las minorías importan en una democracia que se respete. "No hay necesidad de humillar", murmuraba alguna mente sensata. No hay necesidad de humillar porque sí habrá necesidad de dialogar. En algún momento.

Lo propio del fútbol es meter goles, lo propio de la democracia es construir consensos. Y cuando la política solo quiere meter goles, erosiona a la democracia. Y cuando el fútbol solo abraza la debilidad del rival, destruye la competencia. Toca a cada quien reconocer la cancha en la que juega. Los futbolistas se dieron la mano cuando terminó el partido. El oficialismo solo supo jactarse de su superioridad cuando aprobó la reforma que destruye al poder judicial.

Altura de miras, eso se necesita para salir de la disparidad de fuerzas. Altura de miras y delinear incentivos para contener a la mayoría en aras de la viabilidad democrática de la nación.

López Obrador siempre ha sido excedido en su dinámica comunicativa

para aniquilar al contrincante e impedir la conversación pública. El presidente se llevará a La Chingada y a la tumba la habilidad de imponer agenda y de hacer crecer a sus contrincantes. Pero en menos de dos semanas, Claudia Sheinbaum será presidenta. Y lo será con un Congreso que escupe furor de mayoría y un ex que dice que se va, pero deja al hijo, amarra acuerdos y compromete el arranque de un sexenio que tenía mucho para ser exitoso.

¿A qué altura ética colocará Sheinbaum la vara democrática?

¿Tendrá la autoridad moral para articular incentivos que permitan la autocontención del oficialismo?

¿Enunciará su propia política comunicativa para conferir sentido a los años que vienen?

Nadie se detiene en la cancha para no meter más goles. Pocos se paran en la carrera para levantar del piso al competidor que cayó agotado. Minoría son los que salen a las calles a defender la existencia de las diversidades. Pero de pocos y de la decencia de quien triunfa,



se han construido las mejores historias de la humanidad.

La próxima presidenta puede revertir la discusión que hoy apabulla a la minoría y proponer una política de comunicación pública que construya nación a pesar de la mayoría. Ojo, a pesar de la mayoría. Y tiene la oportunidad de ofrecer incentivos para la autocontención cualitativa de los muchos en aras de incluir a los menos. En resumen, tiene la oportunidad de que un México dialogante sea posible.

La verdad, soy poco optimista. Sheinbaum ha consentido las reformas más destructivas, como la judicial, y apenas ha puesto cara a todo lo que López Obrador le está imponiendo. Ha dicho poco, además, para contener el éxtasis de quienes quieren chingarse a los perdedores. Los vacíos que deja los ocupan quienes gritan y no sé si le quede espacio para articular su propia narrativa.

No sabemos aún cómo será la política comunicativa de la próxima presidenta. Ni sabemos si aprovechará la oportunidad de construir otra narrativa, incluso en la continuidad. Y menos sabemos si podrá incentivar la autocontención de una mayoría rabiosa que se cree con el derecho de apabullar.

Las golizas son traumáticas, incluso para quienes ganan, porque toda resaca exige altitud de miras para recolocar el tablero. López Obrador deja una estela de destrucción de la conversación pública. A Sheinbaum le toca mostrar que le importa reconstruirla.